(Núm. 1.)

ROSAURA LA DEL GUANTE

RELACIÓN

de lo que sucedió en Sierra Morena a una señora llamada Rosaura y a su amante don Antonio Narváez, naturales de Córdoba.

PRIMERA PARTE

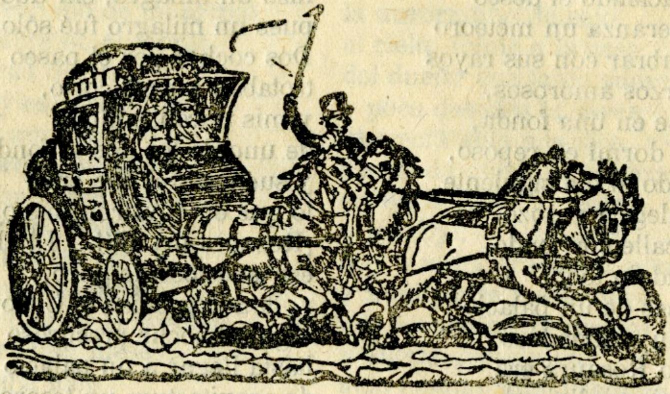
A olvidar tristes memorias
y a divertir pensamientos
salí, pues, una mañana
cuando abril de flores lleno
circunda con sus fragancias
los valles, montes y cerros.
Alegre yo caminaba
de un bosque por el sendero,
cuando me senté cansado
a orillas de un arroyuelo
que con sus puros cristales
al bosque sirve de espejo;
bien pronto ya reposado
íbame cogiendo el sueño,
cuando mi atención llamó
un raro y extraño objeto
que arrastrado por el agua
deslizábase ligero.
Era un guante, que cogí
y sacudí para verlo.

Encontrándole, ¡oh asombro!,
todo de bordados lleno
con hilo de plata y oro,
y en un escudo un letrero,
que en letras gordas decía:
«Soy de la hija de Venus.»
Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño,
más arriba quedaría,
y que aquél pulido objeto
era prenda de mujer,
y de mujer de provecho,
seguí la fresca corriente
en su busca, con esmero,
cuando ví a muy pocos pasos,
y a orillas del arroyuelo,
a una dama que, por bella,
más que mujer era cielo.
Confuso quedé al mirar
un tan divino portento,
y escondido entre unas matas
pude admirar placentero
su rico traje de seda,
su manto de terciopelo,
su sombrerito de raso
y la gracia de su cuerpo.
Mi curiosidad y asombro
aumentaban por momentos,
cuando observé que la dama,
el guante echando de menos,
se levantó caminando
a orillas del arroyuelo
hasta que llegó a mi lado,
y quitándome el sombrero
el guante la presenté
con palabras de respeto.
La dama, en vez de admirarle,
miró a su espalda con miedo,
y con acento confuso,
y trémulo y macilento,
cayó a mis pies de rodillas
exclamando: — Caballero,
si puede haber quien me ampare
hágalo usted, por el Cielo.
Yo la dije: — Hermosa dama,
poco valgo y poco puedo,
pero mande usted, que al punto
la obedeceré. ¿Qué riesgo
la amenaza aquí?, ¿qué teme?,
¿por qué se halla, según veo,
sola en el bosque?, ¿quién pudo,
señora mía, ofenderos?
Y la dama suspirando
fijó en mí sus ojos bellos
y díjome apresurada
y con ademán inquieto:
— Nací en Córdoba, señor,
y es mi padre un caballero
noble y rico, pues posee
la encomienda de Carrero
y tiene una hermosa quinta,
cuatro leguas, poco menos,
de Córdoba, en estos montes;
y viniendo de paseo
yo sola, hace tres días,
con un criado, el Averno
dispuso que en este monte
casi de repente viésemos
acercarse hacia nosotros
a un animal corpulento.
Era un oso que rugía
de satisfacción al vernos,
porque su terrible hambre
saciar esperaba presto.
Yo di un grito y vine a dar
desmayada en el terreno,
mientras el criado huía
del oso feroz corriendo;
pero, ¡ay de mí!, cuando Dios
me fué el sentido volviendo,
vi junto a mí los despojos
mortales de mi doméstico,
y al oso que me miraba
feroz, con ojos sangrientos.

Creí morir, y mi alma
encomendé al Dios del cielo,
cuando, ¡oh milagro divino!,
cógeme el oso y ligero
huye conmigo a este bosque
y dejándome en el suelo,
me presenta cariñoso
y manso como un cordero
panales de miel y cera,
blancos, virginales, tersos.
Desde entonces, cuidadoso,
él provee a mi alimento,
y solamente se enfada
cuando escaparme pretendo,
enseñándome sus dientes
y amenazándome fiero.
Esto es lo que me sucede,
y ahora, por Dios, a usted ruego
que se aparte del peligro,
porque si el oso sangriento
ve a usted junto a mí, es seguro
que nos mata, caballero.
— Tranquilizaos, señora,
la contesté; yo no debo
dejar a tan bella dama
abandonada; yo tengo
buena escopeta, y mi brazo
no temblará en este riesgo;
puede usted, pues, sosegarse
y acompañarme, que presto
el monte habremos dejado
y a Córdoba llegaremos.
Y al decir estas palabras
echamos a andar ligeros,
cuando de pronto en el bosque
oyóse un ronquido fiero
y el oso salió cual rayo
que cruza el cárdeno cielo.
Yo me estremecí, y la dama
tembló, pues el oso, viendo
que huía su prisionera,
corrió hacia nosotros fiero,
dando rugidos de muerte,
las mandíbulas batiendo.
Yo conocí que llegado
era el momento supremo,
y cogiendo la escopeta,
poniendo en Dios el deseo,
dando un tirón al gatillo
el plomo salió siniestro
y su ronquido ocultóse
en el encrespado pecho
del oso, que vió dos fuentes
de sangre teñir el suelo
y dió dos pasos, y al fin
cae en tierra sin aliento.
Entonces la hermosa dama
me echó los brazos al cuello
y agradecida a mi arrojo,
me dijo con tierno acento:
— Si usted es libre y no tiene
a quien amar, yo le ofrezco
mi mano y mi corazón
de este gran servicio en premio.
Yo agobiado de mi dicha
caí a sus plantas contento
y estrechando sus dos manos,
acepté su ofrecimiento.
Entonces dióme una cinta,
diciéndome al mismo tiempo:
— Tome usted en mi memoria
esta cinta, que conservo
para el que fuera mi esposo,
y si no quiere creerlo,
ella dirá la verdad
y quedará satisfecho.
Guarde usted también el guante
que encontró en el arroyuelo,
pues es posible que un día
pueda usted valerse de ello;
si es usted, cual me figuro,
un cumplido caballero,
de esta aventura sabrá
guardar profundo secreto,

y mañana allá en mi quinta
esperaré a usted, si puedo,
en una reja que tiene
el escudo de mis deudos.
Yo volví a jurarla amor
y a ofrecerla mis respetos,
cuando vimos acercarse
al monte unos caballeros
que eran, según me indicó,
su padre, hermanos y deudos
que atribulados corrían
buscándola por el cerro.
Separéme a sus instancias,
y la vi marchar bien presto
al lado de su familia,
que lloraba de contento;
mientras confuso en el bosque
me quedé mirando al cielo,
como si en él ver pudiese
la dulce faz de mi dueño.
Al cabo de media hora
llegué a Córdoba contento,
y la cinta examinando,
vi que tenía un letrero
que decía en letras de oro:
El que de esta fuere dueño
también será de Rosaura
esposo, si quiere el Cielo.
Quedé alegre con la cinta,
y una tarde, cuando Febo
en la vecina montaña
ocultábase ligero,
monté en mi potro brioso,
y marché donde mi anhelo
vivía, llegando en breve,
dándome alas el deseo.
A un árbol até el caballo,
y con prudencia y secreto
recorrí toda la quinta,
hasta que ya quiso el cielo
mostrarme el balcón do estaba
de mi amor el dulce dueño.
Al verla me estremecí
de alegría y de contento,
pero Rosaura, llorando,
me dijo entre sus lamentos:
— Si quiere usted ser mi esposo
y que nos bendiga el Cielo,
sáqueme usted de mi casa
porque sé, ¡hados adversos!,
que ha prometido mi padre
mi mano a un caballero.
Sombrío y triste escuché
tal noticia, y ya colérico
iba a escalar el balcón
para salvar a mi dueño,
cuando la ingrata Fortuna
su rostro me volvió negro,
y un criado de Rosaura
al verme, fuese corriendo
a dar la noticia al amo,
y al punto se previnieron
los que estaban en la quinta
con palos y armas de fuego,
saliendo para matarme
como a un ladrón, cual un perro.
Entonces me eché a la cara
mi escopeta e hice fuego,
hiriendo a los dos hermanos
de Rosaura, y conociendo
que era ya cosa imposible
el salir con el empeño
de libertar a mi amante,
me escapé de todos ellos.
Fuí donde estaba el caballo,
monté en él, y, como el viento,
camino tomé de Córdoba,
llegando cansado y muerto
de pena, triste, agobiado
y el corazón de amor lleno.
Quise volver a buscar
a Rosaura, pero el Cielo
no quiso darme el placer
de ver su rostro tan bello,

pues supe que enfurecido
su padre con el suceso
ya dicho, en obscura noche
la sacó con gran misterio
de la quinta, y nadie supo
por dónde ni a dónde fueron.
Del modo que yo quedé
considérelo el discreto,
y en otra segunda parte
daré fin a este suceso.



PARTE SEGUNDA

que trata de cómo terminaron los sucesos amorosos de doña Rosaura con su amante don Antonio.

Ya dije en la primer parte
cuánto sufrió mi amor propio
al saber de mi Rosaura
el viaje misterioso.
Triste y cabizbajo estaba
sin comprender de qué modo
adquiriría noticias,
cuando ideé, cauteloso,
comprar de un criado suyo
el secreto a peso de oro,
y supe por este medio
(según me lo dijo el mozo)
que a Madrid se la llevaron,
pues su padre, avaricioso,
proyectaba el casarla
con un caballero mozo
que era muy rico, y estaba
de ella enamorado, loco.
Al saber tales noticias,
prevéngome bolsillo de oro,
y en la Fortuna fiado,
listo en camino me pongo,
y de Córdoba saliendo
llegué a Madrid presuroso.
Entré en la corte una tarde
quedándome triste, absorto,
al ver por sus anchas calles
tanta gente y alborozo,

porque buscar a Rosaura
en sitio tan populoso
era lo mismo que hallar
del Océano en el fondo
una aguja o una concha
en su centro cavernoso.
En fin, haciendo el deseo
de mi esperanza un meteoro
para alumbrar con sus rayos
mis esfuerzos amorosos,
hospedéme en una fonda,
en la que dormí en reposo,
despertando al día siguiente
lleno de alegría y gozo.
Salí a la calle corriendo,
examinándolo todo;
los balcones de un palacio
registré muy cuidadoso,
pues como Rosaura era
encanto tan prodigioso,
me pareció que en palacio
depositarla era poco.
Mi mala ventura quiso
que no viera a quien adoro
por calles ni por paseos,
por edificios famosos,
ni en las casas donde pude
introducirme con modos.
Tres meses así pasaron,
¡meses de amargura y odio!,
y ya iba a dejar la corte
de amor y de pena loco,
cuando pasé a despedirme
del lucero prodigioso
de Atocha, sagrada Reina,
Madre de Dios, Trino y solo.
Una tarde entré en su templo
a rezar por la que adoro
y a suplicar a la Virgen
que si de Rosaura esposo,
para mi bien, Dios quería
que fuese, viera mi gozo
cumplido, dándome medios
de encontrarla presuroso.
Esta petición la hice,
y Dios, que escuchó mis votos
como oye los que le ruegan
con anhelo fervoroso,
hizo un milagro, sin duda,
pues un milagro fué sólo.
Dos coches por el paseo
trotaban a paso corto,
y mis miradas dirijo
de uno de los dos al fondo,
y sueños creí que eran
lo que en él vieron mis ojos.
¡Rosaura iba allí!... El alma
estremecióse de gozo,
y, dando gracias al Cielo,
seguí al coche presuroso
hasta llegar a un palacio
de arquitectura un tesoro,
y en su puerta, del carruaje
bajó Rosaura con todos.
Aturdido de alegría,
me acerqué a un portero, ansioso,
y preguntándole afable,
si aquella dama de rostro
bellísimo era de Córdoba,
díjome: — Señor, ha poco
que de Córdoba ha venido
esa joven, aunque ignoro
su nombre, pero es sobrina
de mi amo, el marqués de Soto,
y aquí ha venido a casarse
con un banquero famoso.
La noticia del portero
pagué con moneda de oro,
y triste, al saber tal nueva,
volví a mi cuarto lloroso.
Discurriendo el mejor medio
para hablarla, ideé pronto
una intringuilla, que amor
me aconsejó ingenioso.

Compré en una joyería
cuatro cintillos de oro
muy ricos y un cofrecillo
de plata y de nácar todo.
Metí dentro los cintillos
y el guante que en el arroyo
perdió Rosaura, y la cinta
que en premio dió de mi arrojo
cuando la libré en el monte
de ser víctima del oso.
Hecho así y resolviéndome
como buen amante a todo,
en el nombre de su padre
la escribí con sobre propio:
«Hija Rosaura, te envío
cuatro cintillos de oro,
y la cinta que me diste
y el guante que en el arroyo
perdiste hace tres meses,
y en esa cajita todo
te lo envío con su llave,
que te entregará ese mozo.»
No puse más, y con esto
cerré la carta, y ansioso
llegué a casa de Rosaura,
y abrióme un paje donoso
a quien dije: — Amigo mío,
de parte de don Antonio
de Carrero, que reside
en Córdoba, traigo un poco
de recado a una señora,
y allá me dijeron como
residía en esta casa.
— Caballero, dijo el mozo,
no es posible en este instante
la hija de don Antonio
pueda usted ver. — Por ahora,
le dije, deseo sólo
que la deis esta cajita,
y que mañana, a las ocho,
si algo desea decirme
para el señor don Antonio,
volveré, porque yo marcho
a Córdoba lo más pronto.
Cogió el portero la caja,
y yo me volví gozoso
a la fonda, presintiendo
ser feliz de allí a muy poco.
Al otro día, apenas
la aurora tiñó de rojo
el cielo, fuíme a la casa
del dueño que tanto adoro,
y poco después la joven
apareció ante mis ojos.
Pasmada quedó al mirarme,
salióle el color al rostro,
y me dijo: — Caballero,
doy a usted gracias por todo,
y a mi padre puede darle
mis recuerdos afectuosos,
y dígale que ejecute
todo cuanto aquí dispongo
lo antes posible, pues quiero
verme a su lado muy pronto.
Y al mismo tiempo con risa
que mi alma llenó de gozo
dióme una carta cerrada
dejándome mudo, absorto;
fuíme de allí; en la calle
apenas me encontré solo,
leí la dichosa carta
que decía de este modo:
«Aunque en nombre de mi padre
me escribe usted, sin rebozo,
el guante y la cinta dicen
que es usted mi dulce esposo.
Ya que por medio tan sútil
ha conseguido, y no poco,
verme y hablarme, no ignore
el peligro que está pronto.
Mañana ha de celebrarse,
sepa usted, mi matrimonio
con el hombre que no amo,
que es de mi tío el apoyo;

50

pero ya que en el arroyo
juré no admitir esposo
más que a usted y mi ternura
a usted pertenece solo,
espero a usted esta noche
a las doce, cauteloso,
y en una reja que tiene
dos palmas, le espero pronto,
pues esa reja que digo
es de mi retiro propio.
De tres varas una cuerda
traerá usted, pues es forzoso
que baje desde el balcón,
y aunque el riesgo bien conozco,
prefiero morir en él
a ser víctima del oro
y esposa ser del banquero,
a quien aborrezco y odio.»
Al leer esta misiva
creíme ya volver loco,
y obedeciéndola ciego
sus instrucciones en todo,
compré la cuerda, y después
de amor palpitando y gozo,
cuando ya la media noche
daban los relojes todos,
fuíme a casa de mi bella,
hice la señal, y a poco
salió al balcón mi Rosaura
pidiéndome el envoltorio
de la cuerda, y la arrojé;
la sujetó bien y pronto,
y con valor admirable,
y con denuedo animoso,
por ella bajó atrevida
y en mis brazos, ya gozoso,
la recibí delirante,
marchándonos de allí pronto;
al otro día salimos
para Córdoba briosos,
y un mes después el obispo,
como padre cariñoso,
enterado en sus detalles
de nuestro amor tan heroico,
mandó que nos desposaran,
lo que fué hecho bien pronto,
aceptándome por hijo
poco después don Antonio,
con lo que felices hoy
vivimos reunidos todos.

FIN

MADRID. — Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.

COL-LECCIÓ
Manuel Massó